

no de las mayorías o gobierno de los peores, según se quiera designar: la inseguridad democrática: la vanidad de los presidentes: la dispendiosa, inútil y caótica labor de las cámaras: la multiplicación fabulosa de los funcionarios: las dilapidaciones casi incesantes de los salteadores del poder, cuyos intereses personales, pasajeros, están divorciados del interés general, permanente: la centralización paralizante a la cual han llegado las democracias, haciendo del Estado un monstruo que absorbe todo y ahoga la libertad.

Así, pues, si la historia secular de las monarquías desbarata la argumentación de los realistas que quisieran desandar el camino — ni más ni menos de como lo quieren desandar a su vez los locos demócratas wilsonistas —, la historia relativamente corta de las repúblicas basta ya para hacer caer la venda de los ojos de los republicanos honrados. Hay que reformar la monarquía o hay que reformar la república.

¿Qué hacer, por consiguiente?

Existe un positivismo político, idéntico en el fondo al positivismo filosó-

fico de  
cual e  
los hec  
reglas  
te por  
e mod  
pera, n  
pro igu  
tancia  
verdad  
la verd  
se absti  
se apli  
que le  
va for  
eslabón  
carlo.  
luciona  
blicano

que,  
IN TRUC  
conjunt